

Guillermo Martínez González

***El eco y la mirada de Julio César Goyes*¹**

Diario de viaje, crónica de un peregrinaje deslumbrado por Europa, el libro de Julio César Goyes oscila entre la prosa y el verso, accede al territorio de lo lírico por la intensidad del lenguaje, por la concentración de la mirada que desdobra el registro externo, el dato geográfico para penetrar en la complejidad del instante, el escamoteo del tiempo, la danza de la memoria, el flujo de la experiencia en la que conviven al unísono las voces de la infancia y las celebraciones de los encuentros recientes.

“Nos quedamos sin tiempo ni espacio, no sabemos si entramos o salimos, si vamos o venimos. Somos de la frontera, nómadas, buscadores de lo que no se nos ha perdido”, afirma en uno de los textos Julio César Goyes, para indicar tal vez la peculiar experiencia de ser latinoamericano, el cruce de caminos y de culturas que se presenta en la órbita de nuestro mestizaje. *El eco y la mirada*, se desborda en los hallazgos del viaje, de cada cita con lo otro, pero señala a la vez los pasadizos secretos de los mundos de contacto. Insiste en la noción de que todo viaje, todo nuevo descubrimiento está afectado radicalmente por lo que somos. Viajar es mirar y mirarnos. Diálogo entre lo que se contempla y lo que ya vivimos.

Para los primeros viajeros de Europa, el Nuevo Mundo representó la expectativa de lo inédito en las costumbres y el paisaje. La exhuberancia, el nuevo

¹ Goyes, Julio César (2001). *El eco y la mirada*. Bogotá: Trilce Editores.

espíritu, las suposiciones sobre un mundo desconocido, despertaron en los cronistas la fábula y la mistificación. Fuimos una realidad pero también un invento que obedecía a la fantasía y los prejuicios del conquistador.

Para un viajero de Latinoamérica, el viejo Mundo es el reencuentro con una de sus raíces. Somos la prolongación y lo distinto de Europa. *El eco y la mirada*, capta esa certeza de ser “un alma entre dos aguas” con un lenguaje en que se superponen las visiones, los planos en los que lo viejo y lo nuevo, el pasado y el presente, se aparecen en un magma cercano a la alucinación. No en vano el estilo de Goyes es desbordado y reflexivo a la vez; un tono barroco que posibilita el nombrar lo abigarrado de las visiones, de la simultaneidad entre las vivencias natales y las comprobaciones del viajero: “La poesía a veces es un diario sin abrazos ni *quiubos*, un prelude de Bach mientras llega el pan y la cerveza, el *Claro de Luna* de Beethoven a la hora de encender un cigarrillo, un tren impecable donde no viajan sonrisas ni mariposas amarillas. La poesía puede ser también un lento regresar a la Suabia natal de Hölderlin, esa misteriosa y radiante patria bañada por el Neckar, porque el poeta, escucha mía, es un ignorado gozo entre parientes, una sombra que danza en las paredes humanas que lo olvidan”.

El sentimiento de lo propio, los relampagueos de la memoria, se avivan con el viaje. A cada instante asaltan las imágenes en el cruce de los horarios y el frenesí de los trenes y las citas. Una constante del eco y la mirada es la reflexión, pero aún más, la evocación de lo que nos pertenece, de lo que somos como hombres de latinoamérica. La violencia, los desequilibrios de una realidad menesterosa, aparecen de continuo junto a las descargas de la música y las fulguraciones de la infancia y las convicciones ancestrales: “En el noticiero de tus sueños están los atentados que amilanan el rebusque diario, las sangres regadas por la tierra de nadie, los carnavales de blancos y negros, la rumba de la arenosa, los sábados de cine club donde encuentras una novia metida en la película de tu vida”.